



Greg Mills, Olusegun Obasanjo, Jeffrey Herbst y Tendai Biti, *Democracy Works. Rewiring Politics to Africa's Advantage*, Johannesburg, Picador Africa, 2019, 241 pp.

Democracy Works. Rewiring Politics to Africa's Advantage tiene como propósito servir de manual a todo interesado en el proceso de consolidación de la democracia en África, pero en particular a líderes políticos que coadyuvan a alcanzar elecciones justas y libres, y promuevan instituciones sólidas en un Estado de derecho y de rendición de cuentas que tenga como prioridad la defensa de los derechos humanos en toda su extensión.

Sus autores, Greg Mills, Olusegun Obasanjo, Jeffrey Herbst y Tendai Biti,¹ consideran que en las próximas tres décadas en África se intensificará la relación demografía-democracia, pues se estima que en 2050 la población africana se duplicará (y más del cincuenta por ciento será urbana; esto es, unos 2300 millones de habitantes) y dicha relación será clave para el diseño de estrategias de desarrollo sostenible.

Democracy Works está dividida en tres partes; en la primera, titulada “The State of African Democracy”, los autores refieren que muchos paí-

¹ Mills es director de la Fundación Brenthurst y uno de los más reconocidos académicos de Sudáfrica; ha sido asesor de jefes de Estado y de Gobierno de países africanos. Obasanjo es expresidente de Nigeria; fue clave en la transición pacífica del poder en su país en 1979, y desde entonces es defensor de los valores democráticos y la solución pacífica de conflictos. Herbst es presidente de la American Jewish University de Los Ángeles; ha publicado libros y artículos sobre África, y ha sido docente en varias universidades africanas. Biti es exministro de Finanzas del Gobierno de Unidad Nacional de Zimbabue (2009-2013), experimentado parlamentario opositor y en 2018 fue candidato a la presidencia de Zimbabue.

ses africanos todavía no resuelven problemas vinculados con el ejercicio autoritario del poder. Hay países africanos que estiman que para emular a los *tigres asiáticos* necesitan de un líder autoritario que tome decisiones prácticas, en tanto que otros han sucumbido al populismo nacionalista que conduce a trampas electorales en favor de poderosos grupos de interés, y otros más se han constituido en regímenes híbridos que combinan características de democracias electorales con líderes autócratas de fuerte personalidad, dada la ausencia de instituciones sólidas. Sin embargo, los autores destacan que dos tercios de los encuestados por Afrobarómetro en 36 países de África entre 2014 y 2015 respondieron que la democracia era preferible a cualquier otro régimen.

Las experiencias de Seychelles y Mauricio son ejemplo de cómo la democracia fortalece la estabilidad y la cohesión social de un país: han logrado convertirse en los países africanos con mayores ingresos per cápita, mejor gobernanza y sistemas de supervisión. Sudáfrica constituye una democracia parlamentaria con una efectiva separación de poderes y entidades autónomas, que todavía está sorteando la pretensión del gobierno de Jacob Zuma (2009-2018) de consolidar un autoritarismo populista.

En contraste, los autores examinan los casos de China, Singapur, Rwanda y Etiopía. Advierten que el autoritarismo comunista chino ya fue experimentado infructuosamente en varios países y destacan que el liderazgo de Lee Kuan Yew en Singapur desarrolló un gobierno que privilegió el papel de facilitador de la iniciativa privada sobre el de supremo distribuidor económico. Asimismo, califican como único el respaldo que han recibido las reformas en Rwanda por haber surgido de un genocidio, y subrayan que el actual gobierno etíope está sustituyendo el éxito económico aparejado a violaciones de derechos humanos por reformas cuyo fin es la consolidación de la democracia.

Son escasas las democracias en África. Después de su proceso de independencia (1960-1980) y de escapar de líderes autoritarios (años noventa), para los países africanos es hoy indispensable construir sistemas que atiendan el desarrollo y la voluntad de todos sus habitantes, con procesos electorales transparentes, instituciones sólidas que garanticen el goce de todos los derechos humanos y efectivos sistemas de rendición de cuentas. Es lo que Greg Mills y Jeffrey Herbst califican como la “tercera liberación de África”.

En la segunda parte, “Political Transitions”, los autores analizan los principales desafíos para consolidar un orden impersonal de Estado de derecho, que suprima prebendas y permee las libertades a todas las sociedades. Para ello, toman como referencia la clasificación de la libertad electoral de Freedom House (en la que los países se clasifican en “libres”, “parcialmente libres” y “no libres”), por ser la organización que cuenta con datos más completos (54 de 55 países y mediciones desde los años ochenta), reconociendo sus deficiencias metodológicas.

Los autores aseguran que en el caso de los países con regímenes militares, tras la independencia sólo se democratizaron aquellos donde los autoritarismos colapsaron cuando los civiles, previamente enfrentados, acordaron implantar regímenes democráticos. En este sentido, exponen la exitosa transición en Ghana, las dificultades en Benin y Zambia, y el fracaso en Malí. Asimismo, identifican a los países que nacieron libres desde su independencia: Botswana, Mauricio, Namibia y Sudáfrica, y hacen notar que Benin, Cabo Verde, Ghana, Santo Tomé y Príncipe, y Túnez han mostrado una sorprendente estabilidad a partir de la implantación de la democracia.

En el grupo de países considerado “parcialmente libre” se pueden encontrar algunos que son difíciles de analizar por sus particularidades divergentes. No obstante, los autores destacan a Malawi como ejemplo de la aplicación de “políticas para reducir la pobreza estructural”; a Tanzania, como ejemplo de una regresión en su trayectoria hacia la democracia, que favoreció a elites enquistadas en el partido político con el más largo ejercicio del poder en África (situaciones similares se presentan en Zimbabwe y Mozambique), y a Kenya, como un caso donde los poderes y las instituciones autónomas fueron “secuestrados” por el presidente, disolviendo espacios de movilización. Para los autores, Venezuela es un país que representa un peligroso ejemplo extracontinental, al que califican como “emergencia humanitaria integral provocada por el hombre”. Se trata, concluyen, de analizar si el actuar de cada gobierno fortalece o mina las instituciones y el sistema de controles y contrapesos.

Mills, Obasanjo, Herbst y Biti sostienen que el grupo de “no libres” incluye a todos los países africanos con regímenes autoritarios, así convoquen a elecciones o existan partidos opositores (sin poder y desorganizados), y con pocos visos de querer propiciar un pacto transicional. No obstante, mencio-

nan los casos exitosos de Taiwán, Nigeria y Liberia, y el fracaso de Burundi. En Nigeria, señalan, el desafío fue cohesionar en una nación al conglomerado de grupos étnicos amalgamados bajo el dominio británico. Sobre Liberia subrayan el papel arbitral que jugó la presidenta Ellen Johnson-Sirleaf para, tras la cruenta guerra civil, restaurar simultáneamente los servicios públicos y el prestigio internacional del país. En cuanto a Burundi, mencionan los continuos enfrentamientos entre tutsis y hutus que llevaron al fracaso el Acuerdo de Arusha, que estableció un gobierno de unidad, ya disuelto, donde la mediación intentada por la ONU dio por resultado que tres de sus funcionarios hayan sido declarados *persona non grata* por el gobierno del presidente Pierre Nkurunziza.

En la tercera parte, “Elections, Insiders and Outsiders”, los autores sostienen que las elecciones son indispensables para el ejercicio de la democracia, pero no suficientes, y sugieren algunos requisitos para lograr elecciones justas y libres al explicar lo ocurrido en Zimbabwe y Zambia, y posteriormente el exitoso caso de Nigeria.

Según los autores, el caso de Zimbabwe evidencia que las elecciones no garantizan las libertades inherentes a la democracia. Su ejemplo se ha convertido en un manual para autócratas, por las triquiñuelas que esconden procesos electorales “aparentemente” transparentes e independientes, y cómo nutren la compra de lealtades, la supresión de opositores y los abusos camuflados de recursos públicos.

Al analizar los procesos electorales de Zambia (2017) y de la República Democrática del Congo (2019), los autores pretenden demostrar la tendencia de la comunidad internacional a privilegiar la estabilidad en las naciones de frágil unidad por encima de la consolidación democrática, visión cortoplacista a la que critican por constituirse en obstáculo para establecer regímenes de libertades.

Para demostrar que es posible vencer a una maquinaria política poderosa, en *Democracy Works*, Mills, Obasanjo, Herbst y Biti analizan la elección en Nigeria (2015) y destacan la necesidad de una oposición unida, un candidato progresista y creíble, las tecnologías de verificación de voto, el respaldo de observadores —nacionales e internacionales—, y el reclutamiento y la capacitación de representantes partidistas para verificar el cien por ciento de mesas electorales y con ello minimizar la posibilidad

de que quienes ostentan el poder se eternicen, utilizando las elecciones como herramienta de legitimidad.

En su conclusión, titulada “Rewiring Africa’s Politics”, los autores incluyen recomendaciones (entre otras, el financiamiento de partidos políticos, la libertad de expresión e instituciones electorales autónomas) para que los líderes políticos, la sociedad civil y la comunidad internacional coadyuven a consolidar la democracia en África y se aseguren de que la sociedad africana en su conjunto consiga el empoderamiento necesario para decidir su futuro. Asimismo, critican que las democracias autoritarias estén de moda y las financien regímenes similares, como China y Turquía. Asimismo cuestionan la eficacia de la Unión Africana (UA) para promover la democracia mediante medidas punitivas, como suspender a Estados Miembros y aplicar sanciones en casos de golpe de Estado, pero no por fraude electoral. Los informes de las misiones de observación electoral de la UA lo impiden al validar los procesos, privilegiando así la estabilidad por encima de la democracia. A propósito, señalan que la UA cuenta desde 2003 con el mecanismo de revisión entre pares africanos con 37 miembros, de los cuales 22 países han presentado informes.

Finalmente, Mills, Obasanjo, Herbst y Bati hacen énfasis en cómo los actores externos pueden influir en desenlaces diversos, como en Kenya (2007), donde los países donantes respaldaron una opción ajena al país en el que, después de todo, se consolidó el poder de Uhuru Kenyatta, o en Gambia, donde, en contraste, se respaldó a Adama Barrow, y se acordó el exilio de Yahya Jammeh en Guinea Ecuatorial, por la acción de la Comunidad Económica de Estados de África Occidental y el liderazgo del presidente de Nigeria, Muhammadu Buhari, liderazgo que consideran ausente en las restantes organizaciones subregionales para apoyar procesos democratizadores.

Gabriela Colín